

El periodismo como ciencia social



Ana María Miralles

Resumen

El artículo tiene varias partes. La primera parte se ocupa de discutir la posibilidad y pertinencia del periodismo público del frente a los medios tradicionales y sus intereses comerciales. Y la segunda parte se ocupa de las implicaciones que tiene situar el periodismo dentro del campo de las ciencias sociales.

Como centro de esta discusión el artículo se ocupa, en su primer parte de dos actividades: una crítica y una propositiva. De un lado, de una crítica a los medios tradicionales y la lógica del mercado, y, de otro, una elaboración de una metodología (o metodologías) para leer y presentar la realidad acompañada de una reflexión sobre el papel de los medios y los periodistas en la construcción de lo público. Y en la segunda parte, desarrolla el concepto de actores sociales y sus implicaciones que tiene para abordar el concepto de ciudadanía, de públicos y contrapúblicos, como factor primordial para entender las lógicas del consenso y del disenso en la actividad política, y el debate en torno a los derechos.

Palabras clave

Periodismo público, periodismo tradicional, ciencias sociales, discurso, actores sociales.

Después de 10 años de pensar y ejercer el periodismo público, hay dos aspectos claros en el horizonte. Por un lado, me parece que es necesario refinar la crítica a los medios de comunicación, especialmente por el predominio de las lógicas comerciales y la abismal separación entre las agendas periodísticas y las agendas de la ciudadanía. Por otra parte, las experiencias del periodismo público, cuando se sintonizan adecuadamente con los ciudadanos, deben permitir vislumbrar caminos, no para salvar las empresas periodísticas sino para salvar al propio periodismo de las garras del mercado para construirlo como un actor que, en el marco de las Ciencias Sociales, transforme sus metodologías para leer y presentar la realidad.

¿Por qué es necesario este doble movimiento de crítica y propuesta? Lo es porque, a mi juicio, se requiere un ejercicio de emancipación para producir la transformación de las prácticas periodísticas. Y la emancipación tiene un primer momento de crítica, que

permite señalar las tendencias preocupantes, las consecuencias del estado actual de cosas y mediante la reflexión epistemológica puede hacernos pensar y re-pensar el oficio del periodismo no sólo desde sus prácticas cotidianas sino desde una perspectiva estratégica hacer análisis acerca de la posición que ocupan tanto medios como periodistas en el espacio público contemporáneo y concretamente cuál es su papel en la construcción de lo público democrático.

Dentro de las tendencias preocupantes hay seis problemas que se presentan como verdaderos obstáculos para la construcción de sociedades democráticas que, si mal no recuerdo, es uno de los valores centrales del discurso periodístico sobre sí mismo.

1. Los medios llamados de referencia (los de mayor penetración o incidencia política) plegados a las condiciones del mercado. El círculo perverso entre publicidad y empresa periodística a la sombra del frenesí del rating o de la circulación, ha hecho que el periodismo se aleje de su función de servicio a la sociedad. La imbricación de poderes económicos y políticos desvinculados del interés general en el escenario de los medios es uno de los problemas más graves que caracteriza el ejercicio de la profesión. Esto ha hecho incluso que algunos identifiquen al periodismo como un poder en sí mismo y no como el servicio que dice ser. En el contexto neoliberal en que los Estados hacen cosas en favor de las empresas y los intereses privados, los medios, con su pretendida "neutralidad", no han hecho más que debilitar lo público. Hoy no es posible pensar que los hechos simplemente "suceden", la mayoría están programados por actores interesados en hacer que predominen sus visiones hegemónicas atadas a intereses particulares. Hoy, el periodista no puede pensar que va detrás de los hechos espontáneos porque de espontáneos tienen muy poco. Por trabajar desde unas técnicas, frágiles por cierto, y desprendido por completo del marco de las Ciencias Sociales, el periodismo se ha vuelto un discurso adulador del poder que decía fiscalizar, pues se le escapa el análisis de actores, prácticas y discursos en disputa por dotar de sentido a la sociedad. Dentro de esos actores, está incluso el propio periodismo que, por no reconocerlo, termina, en virtud de la noticia, haciéndole el juego a intereses que no se han fraguado en escenarios democráticos. En su lugar, en el periodismo se sigue creyendo que la verdad es un dato que le dará una fuente, y no una construcción social.

2. La consecuente burocratización del periodismo y de los periodistas. La actividad periodística está marcada por unas rutinas de la profesión que van desde la selección y concepción de los temas, mediante unas "técnicas" de reportería y unas fuentes que están autorizadas a hablar (y otras desautorizadas), hasta la puesta en escena que orbita alrededor de la noticia. Como hay actores con intereses y el periodista cree aún en la verdad, ahora son las fuentes las que producen los hechos y éstos buscan al periodista, cuando debería ser al contrario. Al fin y al cabo, el periodismo no produce los sucesos sino que habla de los que otros producen. Sin embargo, tiene el poder de lo simbólico, de construir representaciones del mundo, de otorgar o negar visibilidad. La burocratización ha hecho que los periodistas reduzcan al máximo la calle, lo que quiere decir que los procesos investigativos también se han vuelto escasos. Cuando hablo de calle me refiero a que se ha perdido la actitud antropológica de observación, la mirada inquisitiva, la conversación como método de investigación y el simplemente "estar ahí" de la Antropología. Acomodados en el lugar del poder y de la tecnología hoy los periodistas ya saben lo que va a pasar de antemano, lo que se va a decir, lo que se va a decidir. Razón tuvo Luhmann cuando dijo que el periodista trabaja con un 70% de los asuntos preconcebidos¹. O Champagne (compañero de investigación del sociólogo francés Pierre Bourdieu) cuando afirmó que los periodistas van al lugar de los hechos a confirmar unas ideas preconcebidas y, por lo tanto, buscan los entrevistados que les convienen y evitan los que pueden contradecir esas ideas preconcebidas². No es, pues, solamente el hecho de salir o no a la calle lo que ha burocratizado el trabajo periodístico, es que también allí se busca la voz oficial que ofrezca la explicación única (orden) de los sucesos (desorden), que representa otra forma de burocratización de la mirada periodística.
3. La forma antidemocrática de construcción de la agenda periodística. Relacionado con el punto de reflexión anterior, la agenda de los medios se decide a puerta cerrada en las salas de redacción, con la participación de un grupo muy pequeño de

personas que decide qué, de todo lo que sucede, va a ser elevado a la categoría de noticia. Y esa decisión depende de la notoriedad de quienes fungen de actores de las noticias o del drama y de la condición de víctima del ciudadano del común, única manera de lograr esa notoriedad pública. Por eso, el discurso periodístico está hecho centralmente de exclusiones, pues es solamente un porcentaje muy bajo de los hechos que suceden el que entra a la agenda noticiosa. Siempre tenemos la sensación de que se publican las mismas noticias, con casi los mismos protagonistas y, por ello, los contenidos periodísticos se han vuelto tan predecibles.

Por eso muchas organizaciones de la sociedad civil se quedan por fuera del discurso periodístico y lo mismo sucede con las agendas ciudadanas. Por lo menos algunas organizaciones de la sociedad civil han aprendido a poner, a veces, temas de agenda, puesto que juegan con estrategias para llamar la atención esquiva de los medios. Pero es muy baja la participación que tienen en la agenda mediática, que, de todas formas, sigue en manos de pequeños grupos que en la sala de redacción se guían más por el olfato, por lo que hace la competencia y por los patrones tradicionales de lo que es noticia.

4. La homogeneidad de la agenda periodística y el efecto de consenso. Justamente, debido al "efecto de interlectura" del que habló Bourdieu en su libro *Sobre la televisión*³, es que se ha venido produciendo esa homogenización de la agenda. Cuando se mira lo que hace la competencia, los medios de referencia acaban informando sobre lo mismo, con el mismo orden de importancia y con las mismas fuentes informativas. Es fácil imaginarse a los portadores del poder frotándose las manos por este máximo logro en las sociedades de masas, ya que los medios les ayudan a imponer una agenda que tiende hacia el consenso. No hay voces divergentes, discrepantes. Predomina la voz oficial. No hay enfoques diferentes que pongan en juego otro tipo de explicaciones sobre lo que nos sucede. Y, si sale algo diferente, todos los medios, al unísono, se apoderan de esa novedad que convierten en algo vulgar, corriente, rutinario, domesticado y farandulizado.

¹ Luhmann, Niklas. La realidad de los medios. Anthropos. Barcelona. 2000.

² Champagne, Patrick. El discurso de la información. En: La miseria del mundo. Gedisa. Barcelona. 2003

³ Bourdieu, Pierre. Sobre la televisión. Barcelona. Anagrama. 1997.

Lo más peligroso para la democracia es este efecto de consenso. Y hablo de efecto porque no es más que eso, una ilusión, porque la realidad social muestra las diferencias y voces que empiezan a trabajar en serio por concurrir en el espacio público con otras explicaciones y otros discursos. Nada más peligroso que este consenso tácito, no logrado mediante debate sino por la imposición de unas voces y unos mensajes que circulan por esos canales mediáticos. Hay que recordar, con Chantal Mouffe, que lo constitutivo de la democracia es el disenso y no el consenso⁴ para concluir que quienes confunden la democracia con el consenso (orden) y el disenso con el desorden, en vez de acercarse, se están alejando de los ideales democráticos.

5. La tendencia a la frivolidad. Los medios de comunicación y los periodistas no están interesados en desarrollar trabajos serios y profundos. Se amparan en los supuestos gustos de las audiencias para decir que deben producir contenidos que les agraden más a los consumidores. Y no me estoy refiriendo a la sección de farándula de los noticieros de televisión. Es que la frivolidad se ha convertido en una forma de ver la realidad. Por estos tiempos se pone de moda el tema de la Cumbre de Davos (Suiza), a donde asisten los líderes de los países más desarrollados y, paralelamente, el Foro Social Mundial (este año nuevamente en Brasil), que pretende, desde el mundo en desarrollo, plantear "otro mundo posible". Y ¿qué hacen los medios con estos dos eventos? El de Davos se convierte en pasarela de personajes y de encuentros. Y el Foro del mundo en desarrollo apenas sí recibe pequeños espacios para hablar de lo folclórico: si fue Chávez y con quién se encontró... Lo que quiero decir es que el periodismo se está quedando literalmente en la superficie de los temas, en la descripción somera y está convirtiendo a los protagonistas de los hechos en roles de una especie de telenovela interminable y repetitiva.
6. La contención de la participación ciudadana desde los poderes. En el tema de la participación ciudadana tengo dos preocupaciones centrales.

Una tiene que ver con las estrategias que despliega el poder para contener los avances de la participación ciudadana que, quiéranlo o no, es una realidad en nuestros países. Dentro de esas estrategias está convertir la participación en ritual, en la vara mágica para legitimar decisiones que, en realidad, se toman a espaldas de la gente. Así, los gobernantes y los candidatos a cargos de elección popular han entendido que hay que "consultar" a la gente para darle un toque de democracia a los procesos relacionados con el poder. Entonces, los ciudadanos son invitados pero no para concertar con ellos sino para ser informados por quien está en el poder o está buscándolo, pero todo dentro de la denominación de "participación".

Otra de las estrategias desplegadas es la amenaza directa o la persecución a quienes han tratado de hacer trabajos de organización de la ciudadanía para reclamar sus derechos. Así, por ejemplo, algunos líderes de personas desplazadas en Colombia por el conflicto armado han sido asesinados por esos otros poderes a los que no les interesa que se establezca la verdad y que no quieren ceder ni un ápice de su poder.

La segunda preocupación tiene que ver con las maneras en las que los ciudadanos y los periodistas asumen, a veces, la participación. Es necesario elevar los niveles y la calidad de información de que disponen los ciudadanos para que la participación sea más sólida y no sea aplastada por la ignorancia de cosas fundamentales. Pero sobre todo preocupa la manera en que los periodistas están vulgarizando la participación ciudadana. Algunos están promoviendo formas de pseudo participación por medio de la inclusión de los ciudadanos en *reality shows*, en programas de concurso, o en *talk shows* en los cuales se refuerza su papel de víctimas y se les mantiene a raya frente a lo público.

Creo que en estas seis preocupaciones está condensado lo que impide la formación de una opinión pública democrática. Es por eso que se hace necesario pensar en cambios que algunos creen que pasan por el cambio en la propiedad de los medios de comunicación o por la creación de medios con nuevas perspectivas y con otro tipo de dueños con un sentido mucho más comprometido del periodismo.

⁴ Mouffe, Chantal. La paradoja democrática. Gedisa. Barcelona. 2003.

El periodismo en las Ciencias Sociales

En esta parte del artículo no intentaré aportar una solución a cada uno de los problemas expuestos. Lo que quiero es iniciar una reflexión sobre las implicaciones que tendría situar el trabajo periodístico de forma contundente en el marco de las Ciencias Sociales, con su lógica y sus métodos, con el fin de hacer del discurso periodístico una forma más potente, en términos sociales, de lectura de la realidad.

El esquema de la noticia ha demostrado ser insuficiente como forma de lectura de la realidad. A lo sumo, narra una parte de ella y produce distorsiones en la comprensión del mundo. Hay algo de la tradición de las Ciencias Sociales que es importante rescatar para pensar cómo rediseñar las maneras como el discurso periodístico construye los mensajes sobre el acontecer. Se trata de pensar las relaciones sociales en términos de **actores, discursos y prácticas**.

En la perspectiva de las Ciencias Sociales los **actores** son entendidos como grupos, sectores o personas que justamente son actores porque asumen roles activos en la esfera de lo social o de lo político. Esos roles no necesariamente están vinculados a la producción de acontecimientos ligados a lo noticiable, sino a procesos que son invisibles para el periodismo tradicional. Así, los actores en Ciencias Sociales trabajan en la dimensión de procesos de mediana y larga duración, producen hechos de forma continua y en algunas ocasiones, a través de sus discursos, logran notoriedad pública, pero esa notoriedad está ligada a la concurrencia con otros discursos de actores diferentes que representan un hito, una modificación de una visión sostenida hasta entonces. Esa irrupción en la escena pública por parte de los actores está pues vinculada a un momento dentro de un largo proceso que es justamente el que escapa a la mirada periodística. Para los actores sociales la irrupción en público es solamente una parte de su trabajo de construcción de sociedad y de ciudadanía. Grupos de incidencia en políticas públicas de juventud y niñez, por ejemplo, trabajan muy activamente, van a las instancias de gobierno, hacen trabajo con la ciudadanía, tienen contactos con organizaciones pares



en el exterior, tienen sus publicaciones, en fin, despliegan una serie de actividades que no concitan el interés de la mirada periodística. La invisibilidad mediática no debe confundirse con inacción en el campo de lo social. Todo lo contrario, la visibilidad denota solamente una parte del trabajo de estos sectores cuyas dinámicas se mueven más por los circuitos de la comunicación que por los de la información.

Los actores tienen intereses. De eso se trata en la esfera pública: de la concurrencia de diversos actores con sus intereses y de un modo particular de construcción de lo público que pasa por la confrontación de esos intereses para la determinación de lo colectivo. Y si los actores tienen intereses lo más importante para la construcción de

sociedades democráticas pasa por la visibilidad pública de esos intereses a veces en contienda. La democracia es tal no porque sea el reino del acuerdo sino porque es justamente el régimen que permite que se den públicamente las diferencias y también porque permite lograr acuerdos, al menos temporales. En lugar de unas notas informativas basadas solamente en los hechos o en las declaraciones producidas por los actores, el periodismo debería articular espacios para la visibilización y el intercambio público de esos intereses que se expresan por medio de discursos y se ejercen a través de prácticas sociopolíticas. Una información periodística así concebida permitiría un mayor grado de madurez en las preguntas, en el enmarque de las notas y, especialmente, le daría claridad a los públicos sobre las intenciones de los actores. Si se observa, en nuestras sociedades quizás son las organizaciones de la sociedad civil las que han hecho más visibles sus búsquedas y a medida que nos acercamos a los sectores político y económico esos intereses se vuelven mucho más opacos. Esta es la lección que tendríamos que aprender de las organizaciones de la sociedad civil y de los movimientos sociales: la dinamización que han hecho del espacio público.

En cuanto a los **discursos** no se deben confundir con las simples declaraciones, como sería una visión típica en el periodismo. El discurso en las Ciencias Sociales habla de una construcción que tiene ribetes identitarios y, por lo tanto, obedece a construcciones fraguadas en el tiempo y construidas colectivamente. El discurso

tiene pues un carácter indudablemente cultural porque expresa no solamente los intereses del momento sino que habla de las identidades compartidas, de las experiencias también compartidas, de reivindicaciones y hasta de proyectos de vida colectivos. Una de las tareas centrales de la comunicación hoy, a mi juicio, es articular esos espacios discursivos y conectarlos con la esfera pública central no solamente como un acto que va en contra de la exclusión sino porque enriquece la vida pública. Esto debe cambiar radicalmente la mirada del periodista para ponerlo a trabajar en perspectiva de análisis, para la emergencia de nuevos temas en la agenda periodística y la identificación de diversas tendencias de opinión.

Las **prácticas** de los actores estarían más cerca de lo que podrían ser los hechos periodísticos, pero no se pueden confundir con la noticia. Las prácticas hablan de las acciones que despliegan los actores para dar cuerpo a sus discursos, aunque no necesariamente son siempre coherentes ellos. Nuevamente, las prácticas son las estrategias que los actores ponen en juego para lograr sus objetivos. Las prácticas son quizás la parte más visible (más que los discursos y los actores mismos), pues es a partir de ellas que se empieza a identificar a los actores. Sin embargo, tal como lo venimos formulando, las prácticas son la expresión de objetivos más profundos y por lo general el análisis en las Ciencias Sociales puede abordarse desde las prácticas, para identificar a los actores y sus discursos. Así, quedarse solamente en las prácticas (como lo hace el periodismo con los hechos noticiosos), es quedarse en la superficie y no comprender el porqué los actores se agrupan en torno a determinadas expectativas o demandas.

Actores, discursos y prácticas deberían convertirse en un esquema que permita a los periodistas articular de otra manera sus trabajos informativos en la dimensión del acontecimiento y no de la noticia.

En este marco hay por lo menos seis transformaciones que los periodistas podrían emprender:

1. De medios de información a medios de comunicación

Trabajar con una lógica que les permita pasar de laborar en **medios de información a medios de comunicación**. En el periodismo liberal ha predominado la óptica de la información. Los medios, mal llamados de comunicación, están en realidad

montados sobre la lógica de la venta de la noticia, con el valor agregado de la incidencia en las elites políticas. La información es de una sola vía y por eso el periodismo liberal nunca se preocupó por saber quién estaba del otro lado, salvo en su condición de una estadística de consumo.

También, bajo los parámetros de la noticia, predominan los enfoques conflictivos, las rivalidades y las guerras. Así, medios y periodistas no se han pensado como escenarios articuladores que más allá de proporcionar información permitan a diferentes sectores sociales reconocerse en una misma arena para intercambiar sus discursos y tramitar democráticamente sus conflictos. Es necesario un ejercicio que marque un cambio en las formas actuales de reportería que ahora deberán ser construidas a partir de estrategias como la del mapeo cívico, una configuración de actores y sectores, de *stakeholders*, que va a dar las bases para un nuevo enmarque de las informaciones. En vez de pensar en las tradicionales fuentes de información, los periodistas deberían acometer el diseño del mapa de los actores y sectores involucrados en los temas. Es importante notar que no deben partir de las fuentes sino de los temas. Esa ha sido una de las grandes preocupaciones del periodismo público: la concepción de la reportería a partir del esquema de fuentes reduce de manera radical el campo de mira del periodismo, aparte de que consagra a esas fuentes como legítimas y, por lo tanto, el conjunto de los medios acude a ellas de forma reiterativa, con lo cual se genera un monopolio de la palabra y de las interpretaciones sobre el mundo. Trabajar con la óptica de los temas permite abrirse a nuevos actores con sus discursos y prácticas en el espacio público, pues partir de los temas significa aceptarlos en toda su complejidad y negar precisamente la univocidad.

Una vez diseñado el mapa de actores, no se trata de entenderlo simplemente como un inventario de nuevas "fuentes" porque eso supondría no haber cambiado los enfoques. Se trata de aplicar una **lógica relacional** que permita establecer contactos entre ellos para que se **re-conozcan** en los espacios mediáticos y a nombre de lo público puedan entrar en contacto. Así,



los medios actuarían como catalizadores, como motores de una vida pública marcada por la dinámica de sus actores sociales y políticos, proporcionando un espacio simbólico común, capaz de albergar las enormes diferencias y asimetrías entre los intereses de los actores, pero teniendo siempre como telón de fondo esa arena común. Hacer reportería de este modo es entender al periodista como un conector, como una figura que no solamente proporciona información para satisfacer la curiosidad general, sino que, por brindar información sobre temas y actores, propicia unas dinámicas sociales más próximas a la construcción de la democracia por cuanto se ocupa de los procesos y no de las rupturas del orden social representadas en el esquema de la noticia. Es decir, se ocupa de las continuidades como forma de lectura de la realidad, y no de las discontinuidades.

2. Nuevas maneras de comprender la ciudadanía

El periodismo debe dar cuenta de nuevas maneras de comprender la ciudadanía hoy y operar un desplazamiento fundamental: de entender a los ciudadanos como víctimas pasar a entenderlos como actores sociales. Tal como se ha criticado desde la orilla del periodismo público, el ciudadano del común aparece en los medios, pero siempre jugando el rol de víctima de las fuerzas de los poderes o de la naturaleza. ¿Pueden ser considerados los ciudadanos actores sociales? Desde el punto de vista de múltiples iniciativas de participación ciudadana, indudablemente sí. Experiencias como las del presupuesto participativo, que ya se extiende mucho más allá de las fronteras de Brasil, demuestran que los ciudadanos adquieren diversas formas de organización. Hay una gama variada de modalidades de participación de los ciudadanos en lo público que vienen a unirse a otro tipo más formal de trabajo político como el que hacen las organizaciones de la sociedad civil. Ya no es creíble el argumento de la indiferencia y la apatía de la ciudadanía pues en toda América Latina el paradigma de la participación llegó para quedarse.

La tradición periodística de nombrar al ciudadano del común como víctima está relacionada con la discriminación entre fuentes autorizadas, que producen los hechos y los sujetos pasivos receptores de esos hechos, lo cual está marcado por una concepción política del mundo entre el poder y los que son objeto de las acciones de ese poder. A pesar del auto discurso del periodismo, medios y periodistas están más del lado del poder pues ese es el enfoque predominante

de las noticias. Pero hoy los periodistas deben enfrentar la realidad de un creciente fortalecimiento de las organizaciones de la sociedad civil y de diferentes formas de participación de los ciudadanos en formatos versátiles e intercambiables.

Uno de los asuntos más importantes tiene que ver con la emergente forma de entender la ciudadanía desde la perspectiva de las identidades. Para Alain Touraine⁵ esta es justamente la tarea central a la cual llama "comunicación intercultural" que permita el reconocimiento ya no solamente de los derechos sociales sino de los derechos culturales. Touraine lo que propone es un trabajo de comunicación entre las culturas, sin el cual no es posible hablar realmente de sociedades multiculturales. El reconocimiento de las identidades como diferentes maneras de estar en el mundo representa una conquista que se sitúa en un terreno menos racional que el de los derechos civiles y políticos y que pasa por la aceptación y el reconocimiento de esas diferentes concepciones de la vida buena de las que hablan las diversas culturas. No se trata aquí de regresar a una concepción de identidad esencialista que reivindique unas tradiciones particulares, sino a la capacidad de esas culturas de permear los valores universales en lo que tienen de común, por ejemplo en la valoración de la justicia. Concebir de nuevo modo la ciudadanía pasa hoy por asumir, de manera seria, los procesos de participación ciudadana e ir más allá, procurando dar a los participantes una mayor y mejor información para que pueda ejercer ese derecho desde sus identidades.

3. Derrotar el consensualismo en la comunicación.

Desde la lectura de La paradoja democrática, de Chantal Mouffé⁶, me fue imposible sustraerme a la idea de que quienes pretendimos por algún tiempo estar contribuyendo a la construcción de una opinión pública democrática con proyectos de periodismo público, no le habíamos prestado suficiente atención al tema de los disensos. Inspirados en las ideas del primer Habermas, promovimos la deliberación como una forma de discusión democrática que culminaba con el logro de consensos entre los participantes. Así, en principio, aunque la discusión se planteaba en

⁵ Touraine, Alain. ¿Cómo salir del liberalismo? Paidós. Barcelona. 1999.

⁶ Mouffe. Op.cit.

términos de libertad, no se concebía una comunicación que considerara la posibilidad de mantener los disensos y de reflexionar sobre lo que sucede cuando esos disensos no se pueden eliminar, es decir, cuando no se pueden convertir en acuerdos mediante la discusión. Pero luego tuve que correr aún más la pregunta y he llegado a una conclusión radicalmente opuesta a la del consenso: el verdadero papel de una comunicación democrática en el contexto contemporáneo debe tener como finalidad la apertura de espacios para construir civilizadamente los disensos. La ausencia de esos espacios ha hecho que en sociedades con tan bajos niveles de cultura política como la de algunos países latinoamericanos, se recurra a la violencia y, por ende, a la represión.

¿Por qué el periodismo ha privilegiado el consenso? ¿Hay que admitir que en lugar de una forma para fortalecer la democracia el periodismo de la doctrina liberal de la información ha sido más bien una forma de control? Es cierto que ocasionalmente los medios ejercen una función de fiscalización sobre los poderes, pero en sí misma hay que admitir que la cultura periodística no es pluralista. Ese miedo a las diferencias y a los diferentes está relacionado con el predominio de una versión medieval sobre la verdad en el periodismo entendida como un dato de la realidad que el periodista debe buscar por medio de las fuentes adecuadas.

La solución, por supuesto, no pasa por la estatización de los medios de comunicación como hoy se está haciendo en los gobiernos de Chávez, Morales o Correa. Al igual que Touraine, frente al supuesto dilema entre sociedades de mercado o nuevas formas de absolutismo de Estado, creo que en la comunicación el dilema no pasa por pensar en los medios independientes desarticulados desde el Gobierno, sino por el cambio de perspectiva que aporta la Ciencia Social con la que soñó John Dewey como un método potente de conversación democrática.

Lo que estoy proponiendo es un nuevo modo de estructuración de la verdad (sería mejor hablar de versiones sobre la realidad, dentro de las cuales la periodística es solamente una) en el discurso periodístico que la entienda como un proceso social en permanente construcción, en el cual participan diversos actores y ponen en juego sus discursos y sus prácticas. Entender la "verdad" como un proceso y dejar de verla desde un punto de vista moral que determina la calidad de verdad o mentira del mensaje periodístico (¿en relación con qué referente?), permitiría al periodismo ponerse a la altura de las

Ciencias Sociales en el debate sobre el papel de las intersubjetividades como trama de las relaciones entre los actores sociales.

4. Contrapúblicos y movimientos sociales.

Quiero recoger aquí las ideas inspiradoras de Nancy Fraser y de Alain Touraine para pensar en una sociedad civil revitalizada, que sea capaz de plantear verdaderos retos a la sociedad política y al mercado.

En primer lugar, debo insistir en la idea de los públicos y de los contrapúblicos, expresión que desarrolla Nancy Fraser en sus reflexiones sobre la sociedad postsocialista⁷. Uno de los aprendizajes más apasionantes del ejercicio del periodismo público en estos últimos 10 años consistió en trabajar en el horizonte de la construcción de públicos que debaten sobre temas polémicos de actualidad que atañen a lo colectivo. Hacer que el ciudadano individual pase a ser parte de un público deliberante, que esté dispuesto a adelantar procesos de argumentación para construir las agendas de la ciudadanía, es un paso de una importancia extrema, pues se trata, ni más ni menos, de construir públicos allí donde antes no existían sino audiencias. Lectores, televidentes, oyentes y ahora internautas pueden hacer hoy el tránsito de individuos a miembros de públicos que debaten, a partir de las estrategias del periodismo público. Esto tiene un impacto sobre la construcción de una ciudadanía activa y al mismo tiempo permite la configuración de las agendas ciudadanas que no están históricamente reconocidas ni por el poder mediático ni por los poderes político-económicos.

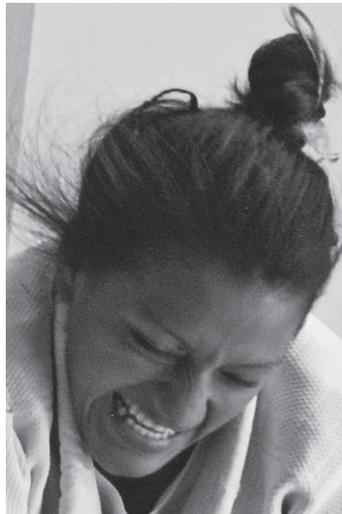
Pero también resulta particularmente importante pensar en el trabajo de visibilización de los contrapúblicos, definidos por Fraser como los públicos marginales que no tienen un espacio en la esfera pública y que, sin embargo, luchan de diversas maneras por establecer sus propios discursos identitarios y además por permear las interpretaciones del mundo vigentes con los aportes de sus propias culturas emergentes. En línea con lo planteado sobre la necesidad comunicativa de construir y visibilizar los disensos, hoy me parece que una tarea fundamental

⁷ Fraser, Nancy. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá. Universidad de los Andes. 1996

del periodismo es ir en busca de esos contrapúblicos, entenderlos por dentro con mirada de antropólogos y permitirles llegar al resto de la sociedad para derrotar los fantasmas que aquejan a nuestras sociedades sobre esos "otros" a los que se ha negado el derecho no solamente a la inclusión en el desarrollo sino el derecho mismo a la palabra y, aún, a la construcción de su propia identidad. Tal como los formula Fraser, los contrapúblicos no son dignos de conmiseración, no son víctimas, son grupos con sus propias dinámicas relacionales, con su producción cultural y que contrario a la idea de un ghetto que defiende su supervivencia, trabajan para abrirse a la esfera pública central con sus visiones del mundo y con aquello de universal que les permita el contacto con los otros actores y sectores. Un periodismo que hoy sea capaz de internarse en esos contrapúblicos, hacerlos parte de su mapeo cívico, es un periodismo que contribuye a la construcción de democracia.

Asimismo, la suerte de optimismo de Touraine con respecto al futuro y el papel de los movimientos sociales me parece sumamente alentador. El énfasis en el movimiento social resulta crucial por cuanto reivindica no solamente demandas particulares sino que, por articular valores universales, tiene incidencia en la opinión pública. Eso es lo característico de los movimientos sociales. Así, Touraine entiende esos movimientos sociales como actores colectivos que para él van a representar una salida diferente al mercado o al neocomunitarismo. Es en la sociedad civil donde atisba la salida al liberalismo que ha sido generador de inequidad y exclusiones. Y ve el papel de la sociedad civil articulado a unos temas de agenda que se plantean como inaplazables: empleo, desarrollo sostenible y comunicación intercultural.

Lo más interesante de su formulación sobre los movimientos sociales es toda la reflexión que desarrolla en torno a la necesidad de pasar de la denuncia y la protesta a la propuesta. Entiende que la crítica es un momento, pero la incapacidad de proponer la advierte como una debilidad que debe ser superada tanto por partidos de oposición (sean de derecha o de izquierda) como por los movimientos sociales que aspiran a lograr no solamente la adhesión de la ciudadanía sino a producir el cambio social. En este sentido, denunciar la inequidad y no proponer formas de superarla, es una estrategia que probablemente fue útil



en las décadas de los años 60 y 70 pero que en el mundo contemporáneo se queda completamente corta para producir los cambios necesarios en nuestros modelos de desarrollo y en nuestras interacciones políticas.

5. Articulación de agendas en torno a los derechos.

Con los derechos ha sucedido algo similar a lo que ha pasado con la participación ciudadana. El discurso y la práctica de los derechos se han puesto entre los ciudadanos que cada vez más están conscientes de la reivindicación de sus derechos. Aparejado con el debate político de los derechos de tercera generación (económicos y sociales), las organizaciones de la sociedad civil han desarrollado un trabajo formidable de formación en derechos, acompañados en este empeño por la academia que ha ubicado el tema en un lugar central. Incluso el planteamiento constitucional se ha puesto a la altura del discurso actual sobre el tema de los derechos. ¿Cómo podría el periodismo sustraerse a todos estos movimientos? ¿Puede seguir pensando que la neutralidad es un valor sagrado del periodismo en un mundo que se piensa desde los derechos? ¿No deberían ser los derechos el nuevo posible *framing* de las informaciones periodísticas? ¿La pregunta por los derechos no debe comandar toda la mirada del periodismo sobre los hechos de actualidad? Hay que reconocer que por lo menos son preguntas que deben inquietar a los periodistas apoltronados en sus rutinas.

Los derechos han pasado al centro de las discusiones como un elemento universalista en las sociedades contemporáneas, están ocupando el lugar central que antes ocupó la política, no porque pretendan sustituirla, sino porque constituyen posiblemente la nueva forma de integración de los ciudadanos a lo colectivo. Es bien cierto que en un análisis de carácter histórico hay que reconocer que en algunas sociedades hay problemas con el ejercicio de los derechos civiles y políticos y que la lucha por los derechos económicos y sociales no hace más que comenzar. Además de todo esto, se plantea también el reto de los derechos culturales que se vinculan a las identidades de nuevo cuño. Pero lo cierto es que por el reconocimiento a los derechos pasa hoy en día la condición de ciudadanía.

En el entorno de la globalización, cuando el Estado pierde centralidad así como la política, se ha planteado la necesidad urgente de empoderar a los ciudadanos en el campo de los derechos así como de desarrollar nuevas formas para atender esos derechos en un mundo en el que el Estado ya no es capaz sólo de satisfacer viejas demandas, además otras de nueva aparición. Entonces las redes políticas y sociales hablan de un nuevo diseño, la gobernanza, que sin eximir al Estado de sus tareas, formula un nuevo trabajo en redes con el fin de tener incidencia en la construcción de políticas públicas.

6. El debate público

Hoy hay que pensar el debate público como estrategia central de una nueva gramática política centrada en la inclusión. La promesa del periodismo liberal en el sentido de que era suficiente con informar para construir opinión pública, ha quedado históricamente desvirtuada. El modelo informativo es unilateral, no construye interlocución y genera consumidores pasivos de información. No resultó cierto el auto discurso del periodismo como motor del "diálogo social". Es por eso que hoy hay que pensar el cambio en el periodismo desde un formato central como el debate público. El debate está estrechamente vinculado con la opinión pública y por lo tanto con la construcción de democracia. Hablo de una gramática política articulada mediante debate porque es preciso rebatir la noción de una política-espectáculo, de una política corrupta, de una política al margen de las expectativas y demandas de la ciudadanía. La política entendida a partir de la lógica del debate público significa la inclusión de actores, el desarrollo público de argumentos con visibilidad en los medios de comunicación y escenarios públicos y la posibilidad para el resto no activo de la sociedad de aprender de esos debates. Así como procesos de transformaciones de ciudades han podido formularse a partir de escenarios al mismo tiempo centrales y descentralizados, como la Barcelona de los Olímpicos, lo deseable es pensar que los grandes asuntos de nuestras sociedades, que también deben pasar por procesos de transformación, se puedan adelantar a la vista de todos, con inclusión de muy diversas voces y visiones.

El debate es, además, una nueva manera de instalar temas de agenda. No se trata del detonante fugaz de la noticia. Se trata de un modo de estructurar el relato del acontecer vinculado a la noción de verdad como construcción social, una verdad de la cual pueden ser

partícipes en tiempo presente diferentes actores. Y no una verdad para ser contada en tiempo pasado con unos protagonistas especializados en producir hechos susceptibles de captar la atención mediática. No todos los temas pueden ser sometidos a debate público, pero hoy es indudable que hay un campo en el que convergen las miradas de la participación ciudadana y la gestión democrática: las políticas públicas. Poner en marcha iniciativas desde diversos sectores como las consultas desde las alcaldías a la ciudadanía, hacer periodismo público, foros deliberativos desde organizaciones de la sociedad civil hablan de un dinamismo quizás nunca antes visto en nuestras sociedades y que el periodismo no puede ignorar.

Desde el punto de vista de la cultura política, sin embargo, hay que focalizar la atención en la necesidad de incorporar la lógica deliberativa. Para muchos, la participación ciudadana debe traducirse en acciones y deliberar es perder el tiempo. Pero hay que recordar que justamente el trabajo de opinión pública se da en el plano simbólico y que si de competir por visiones del mundo se trata, la baza más importante se juega en el campo de las deliberaciones y la construcción de representaciones del mundo. Seguir creyendo que lo que le corresponde a la ciudadanía es la acción sin que esté precedida de la deliberación, retrasará aún más el surgimiento de una cultura democrática, porque rechazar la deliberación es una forma de negar la democracia.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona. Anagrama.
- Champagne, Patrick (2003). *El discurso de la información*. En: La miseria del mundo. Barcelona: Gedisa.
- Fraser, Nancy (1996). *Lustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá. Universidad de los Andes.
- Luhmann, Niklas (2000). *La realidad de los medios*. Barcelona: Anthropos.
- Mouffe, Chantal (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Touraine, Alain (1999). *¿Cómo salir del liberalismo?* Barcelona: Paidós.

